

JYX



This is a self-archived version of an original article. This version may differ from the original in pagination and typographic details.

Author(s): Taipale, Joonas

Title: La Ilusión de contacto : introspecciones (insights) desde la carta de Winnicott a Klein de 1952

Year: 2024

Version: Accepted version (Final draft)

Copyright: © 2024 Editorial Psimática

Rights: In Copyright

Rights url: <http://rightsstatements.org/page/InC/1.0/?language=en>

Please cite the original version:

Taipale, J. (2024). La Ilusión de contacto : introspecciones (insights) desde la carta de Winnicott a Klein de 1952. In Libro anual de psicoanálisis XXXV : The New Annuals of The International Journal of Psychoanalysis 2022. Editorial Psimática. Libro Anual de Psicoanálisis.

La ilusión de contacto: Introspecciones [*Insights*] desde la carta de Winnicott a Klein de 1952¹

Joona Taipale². Departamento de Ciencias Sociales y Filosofía, Univesidad de Jyväskylä, Finlandia

Resumen

Utilizando las teoría de Winnicott, este artículo describe la relación del individuo con un marco conceptual dado. Mientras las ideas de Winnicott han sido casi exclusivamente discutidas en el contexto del desarrollo y la psicopatología, este artículo extiende la teoría de Winnicott y la aplica al contexto de la comprensión interpersonal. Tomando como referencia una de la cartas de Winnicott a Klein, el artículo investiga el problema de expresar las introspecciones idiosincráticas propias dentro de los confines de un marco conceptual dado. El artículo examina la teoría de Winnicott de la complacencia y la creatividad, discute el alegato que Winnicott hace a Klein, analiza el encuentro con un “lenguaje muerto”, e investiga la estructura asimétrica de la comprensión interpersonal. Tomando esto último en términos de una “ilusión de contacto”, el artículo realza nuestra interpretación de los logros y fracasos de los encuentros interpersonales —en la vida cotidiana, en los dispositivos clínicos, y en la histórica comunidad de investigadores. Centrándose en lo último mencionado en particular, el artículo trae aspectos descuidados del pensamiento de Winnicott y los utiliza para evaluar las condiciones de un diálogo abierto dentro de la comunidad psicoanalítica.

El individuo solamente se comunica con un mundo auto-creado y la gente en el entorno solamente se comunica con el individuo en la medida en que pueden crearle a él o a ella. Sin embargo en la salud se da la ilusión de contacto y es esto lo que provee los puntos culminantes de la vida humana. (Winnicott [1952]1987b,43)

Introducción

Cuando se contribuye a una discusión científica concreta, se espera del individuo que participa que utilice conceptos, categorizaciones, distinciones y vías de articulación que sean comprensibles para los participantes. Hasta cierto punto, cumplir tales expectativas es necesario para el diálogo interpersonal en general. Después de todo, si no hablamos el “lenguaje” del otro, nuestra contribución no será entendida; y a menos que aceptemos la hipótesis básica que subyace al debate, nuestra contribución será fácilmente ignorada. Sin embargo las expectativas pueden también resultar excesivas. Cuanto más completa y minuciosamente se nos requiera ceñirnos a un marco conceptual o modo de expresión, tanto más se verán restringidas nuestras potencialidades de expresión. La cuestión es especialmente candente en lo que se refiere a las discusiones científicas, cuya vitalidad depende largamente de una apretura a lo imprevisto. En casos extremos, las expectativas depositadas en el que contribuye excluyen totalmente la posibilidad de modos no ortodoxos de pensamiento, así como de nuevos descubrimientos, excluyendo también así la vital renovación de la tradición respectiva.

¹ Traducido por Juan Francisco Artalaloytia, de la Asociación Psicoanalítica de Madrid y corregido por Delia Hinojosa, de la Asociación Psicoanalítica de México del original en inglés: The illusion of contact: Insights from Winnicott's 1952 letter to Klein, *International Journal of Psychoanalysis* 2021 102,1,31-50.

² Contacto: Joona Taipale; joona.h.taipale@jyu.fi; Keskussairaalan tie 2 (Opinkivi 340) PL 35, 40014 Universidad de Jyväskylä, Finlandia.

Mantener una creatividad personal y originalidad a pesar de las expectativas de la comunidad académica es especialmente demandante para disciplinas como el psicoanálisis, que combina una rica variedad de aproximaciones en rivalidad. Como David Tuckett lo dice, el psicoanálisis es una disciplina con “fundamentos inseguros”: sus teorías nucleares están en continuo desafío desde dentro, su consenso metodológico y teórico es estrecho y está en constante debate, y ha sido ampliamente edificado sobre interpretaciones personales (Tuckett, 1998). Además, la historia de la disciplina se ha visto lastrada por cuestiones de autoridad, y la investigación psicoanalítica se ha visto dispersada en un campo heterogéneo de conceptualizaciones no siempre en comunicación las unas con las otras. Mientras la heterogeneidad en sí mismo es riqueza, la falta de comunicación es una amenaza para el futuro del psicoanálisis como una disciplina de investigación. Por ejemplo, si la evaluación de artículos académicos en psicoanálisis tiene que ir más allá de estar basada en la arbitrariedad y en las preferencias subjetivas y contingentes del revisor, tiene que haber un consenso sobre los *parámetros generales* sobre qué tipo de pensamientos merece la pena expresar y publicar. Por otro lado, si los parámetros requeridos son demasiado estrechos o rígidos, se da, como Tuckett lo dice, el peligro de “crear el monstruo de un estilo homogeneizado internacionalmente que podría adormecer la creatividad y el pensamiento original” (1998, 433). El desafío está en *buscar el balance* entre un marco conceptual común y las idiosincráticas introspecciones de los individuos académicos [*individual scholars*].

En este artículo, abordaré la cuestión desde el punto de vista de la teoría de Winnicott de la creatividad y la complacencia [*compliance*]. Esta teoría ha sido principalmente discutida en el contexto de la infancia, mientras que la contribución a cuestiones de las interacciones maduras ha recibido considerablemente menos atención. Ilustrando el valor de la teoría de la conformidad en Winnicott, el presente artículo se centra en la cuestión de cómo la tradición psicoanalítica puede permanecer abierta a nuevas introspecciones y a la creatividad idiosincrática independientemente de la necesidad de moverse dentro de un marco conceptual preestablecido. Mi abordaje será teórico: en lugar de proporcionar material clínico o empírico, mi examen se edificará en torno a la tormentosa carta de Winnicott a Melanie Klein de 1952, que discute la posibilidad de un diálogo dentro de la tradición psicoanalítica. Espero que este análisis se muestre útil también en lo referente a la investigación sobre la interacción clínica, pero tendiendo tales puentes será materia para nuevos estudios. La cuestión de mi investigación concierne las condiciones de entendimiento interpersonal, y argumentaré que estas pueden ser entendidas en términos del anteriormente citado concepto de Winnicott de “ilusión de contacto”.

La estructura del artículo es la siguiente. La primera sección elabora las principales introspecciones de Winnicott sobre conformidad y creatividad. Esta clarificación conceptual inicial será necesaria para sentar el punto al que quiero llegar, y también me permitirá aportar una más detallada formulación de la cuestión de mi investigación. En la segunda sección presentaré la carta de Winnicott a Klein y examinaré los ingredientes básicos del alegato que conlleva. En la tercera sección, analizaré las notas de Winnicott sobre lo que él denomina “un lenguaje muerto”, también poniendo en relación esta noción con el concepto de “madre muerta”. Finalmente, en la cuarta sección, analizaré la estructura asimétrica del entendimiento recíproco y evaluaré el sentido en el cual la tradición psicoanalítica puede, de acuerdo con Winnicott, servir como un espacio compartido para el pensamiento.

Haciéndolo personal

En la teoría psicoanalítica de Winnicott, la experiencia individual del entorno [*environment*] se despliega como una tensión entre dos polos. El primer polo es *el entorno tal y como es subjetivamente concebido* —un dominio idiosincrático retratado o “creado” por el único

dispositivo [*set-up*³] experimentado. El segundo polo es *el entorno percibido “objetivamente”*, por ejemplo *el entorno a los ojos de cualquiera*. Este dominio es experimentado como ofreciéndose desde afuera: es una esfera común, la organización que no está condicionada por las propias necesidades y deseos. En lugar de con dos entornos distintos, sin embargo, tratamos con dos énfasis experimentados (e.g. Winnicott 1971, 87ff.). Además, hay *una tensión sentida entre los dos*. Ambos polos ejercen como si fuera una atracción gravitacional sobre nuestra experiencia —hay una atracción hacia experimentar el mundo de un modo personal, y una atracción opuesta hacia considerar el mundo “objetivamente”. Esta tensión puede asentarse ya sea en favor de una *creatividad* subjetiva, y por lo tanto repartiendo un fuerte alumbramiento idiosincrático sobre el entorno experimentado, o en favor con una *complacencia*, por tanto llevando a lo que se ofrece desde el exterior (ver Winnicott 1986, 39-43). En la madurez, el modo en el que la tensión se despliega y se hace sentir flexible depende de la naturaleza de la situación, pero la tensión puede estar también fijada de un modo rígido y por lo tanto dar lugar a patología (Winnicott 1971; ver también Fonagy y Target 1996; Target y Fonagy 1966; Fonagy y Target 2000; Fonagy y Target 2007)⁴.

El equilibrio entre el entorno organizado de modo idiosincrático y el entorno objetivamente percibido ocupó a Winnicott todo a lo largo de su vida. En los casos favorables, argumenta Winnicott, tenemos un *punto de apoyo* en ambos dominios, de tal modo que la tensión mencionada no se asienta de una vez por todas. Esto es, los adultos maduros son capaces de referirse a “los objetos en su propio derecho” sin perder contacto con los idiosincráticamente resaltados “objetos subjetivos” y vice versa.

La búsqueda del individuo de un balance entre los dos polos se pone en marcha pronto e inicialmente depende del entorno facilitador (Winnicott 1971). Las introspecciones de Winnicott sobre el desarrollo social son bien conocidas por la comunidad psicoanalítica. Para ilustrarlo, cuando el infante [*infans*] está empezando a sentir hambre, y de ahí está “preparado para crear el pecho” (Winnicott 1971, 15), la persona cuidadora suficientemente buena provee el pecho actual (o cuidado) y así, el actual cuidado cumplido es experimentado por el infante como siendo creado desde su necesidad: “En la salud el infante crea lo que está de hecho rondando esperando a ser encontrado. Pero en la salud *el objeto es creado, no encontrado*” (Winnicott 1965, 181). Naturalmente, *desde el punto de vista de un observador*, este primer sentido de creatividad es una falsa impresión: la persona cuidadora es un agente autónomo que voluntariosamente reacciona a las expresiones de su infante, y esto no hace más que facilitar la *concepción errónea [misconception]* en el infante de que sus necesidades y voluntades directamente *causan* la llegada de la ayuda. Sin embargo, *desde el punto de vista del infante*, lo que está en juego no es una interpretación equivocada [*misinterpretation*] sino una *experiencia* (Winnicott 1988; cf. Winnicott 1971,7):

La experiencia es un constante tráfico en ilusión, un llegar repetidamente al interjuego entre la creatividad y lo que el mundo tiene que ofrecer. La experiencia es una adquisición de la madurez del yo al cual el entorno aporta un ingrediente esencial. Y no es de ningún modo siempre adquirida. (Winnicott [1952] 1987b, 43; cf. Winnicott 1971, 3).

³ En el pensamiento de Winnicott, el entorno percibido subjetivamente no está “en el aquí”, en contraste con la realidad externa “ahí fuera”. Para evitar esta confusión, evitaré en este contexto utilizar el concepto “interno” en favor no obstante del término “idiosincrático”.

⁴ Mientras los problemas relacionados con el papel sobredimensionado de la realidad psíquica han sido tradicionalmente reconocidos, Winnicott igualmente resalta los problemas del extremo opuesto:

Para encontrar un balance, este tendría que establecer que hay otros tan firmemente anclados en la realidad objetivamente percibida que están enfermos en la dirección opuesta de estar fuera de contacto con el mundo subjetivo y con la aproximación creativa al hecho... Estos dos grupos de gente vienen a nosotros para psicoterapia porque en un caso no quieren pasar sus vidas irrevocablemente fuera de contacto con los hechos de la vida, y en el otro caso porque se sienten ajenos a los sueños (Winnicott, 1971, 90; cf. 119-120).

La necesidad o el deseo del infante suponen un acto de *alcanzar creativamente* —Freud hablaba de alucinaciones “sensoriales” en este contexto (Freud 1966, 325). Si el entorno facilitador realmente se encuentra con las necesidades y deseos del infante lo suficientemente a menudo y sin postergaciones demasiado vastas, el infante viene a consolidar la impresión de que sus impulsos sentidos, necesidades y deseos *cuentan*: realmente “tienen un efecto” [*Wirken*] en el mundo. Más que algo meramente subjetivo e imaginario, por tanto, los gestos creativos del infante parecen “efectivos” y, en un sentido literal, como algo “real” [*wirklich*]⁵: el entorno facilitador real aparece *no como si* fuera creado por uno, sino *como* creado por uno. Dicho de otro modo, en el infante, la ilusión no está inicialmente presente *como* una ilusión.

Es más, mientras el individuo es gradualmente desilusionado con respecto a la omnipotencia de sus necesidades y voluntades, innumerables experiencias han consolidado ya la expectativa del mencionado “interjuego” entre los impulsos creativos del niño y el entorno externo real (Winnicott 1965). En consecuencia, el entorno externo es experimentado como *personalmente significativa* (Winnicott 1971). La significación subjetiva no es un añadido menor y sin consecuencias, o un remate superfluo al entorno externo. Contrariamente, el encuentro con el entorno externo es un dominio que es receptivo y sostiene los impulsos creativos propios, es lo que a uno le hace *sentirse en casa* con ello —es lo que vuelve al entorno “vivo”, “catectizado” y de ahí, merecedor de relacionarse con él. A la inversa, sin una coloración idiosincrática, el entorno no puede ser sentido como “mío”: si no es receptivo e ignora los esfuerzos subjetivos y los impulsos creativos de uno, el entorno está destinado a ser sentido *muerto o falto de vida*. Parafraseando a Winnicott, el entorno organizado idiosincráticamente en la experiencia, y en este sentido “auto-creado”, es este el único entorno en el cual *vivimos* (ver Winnicott 1971, 140ff.; cf. Winnicott 1965, 184). Es decir, la significación personal es algo *fundamental*: no solo le hace a uno apreciar y valorar la relación de uno con el entorno externo, sino que además facilita el acceso a este en primer lugar. La percepción objetiva por tanto se basa en, y presupone, una percepción idiosincráticamente coloreada.

Merece la pena destacar esto último. Nuestro apoyo en el entorno objetivo es cualitativamente diferente de nuestro apoyo en el entorno auto-creado. Podemos decir esto del siguiente modo: *vivimos en* el entorno idiosincrático, mientras nos *referimos* al entorno como siendo objetivamente percibido. Para asegurarnos, podemos prestar atención al hecho de que el entorno se nos aparecía diferentemente cuando nuestras circunstancias experienciales eran diferentes (digamos, cuando antes nos sentíamos hambrientos o cansados) y nos podemos percatar de que otra gente simultáneamente ve al entorno bajo la luz de sus particulares circunstancias experienciales que pueden ser ampliamente diferentes de las nuestras (digamos nuestro compañero puede estar cansado o hambriento mientras nosotros no lo estamos o viceversa). Entrando en estas consideraciones, podemos *recordarnos* que la “coloración” de la experiencia actual es subjetiva e idiosincrática. Así como la apariencia de los colores es contingente a la luz que haya, así también el “color afectivo” de un objeto o un entorno depende no solo de los rasgos intrínsecos de este, sino también de nuestras circunstancias experienciales actuales —incluso si nuestra apreciación al respecto tiende a ser retrospectiva.

Encuentro la analogía del color particularmente útil por dos motivos: por un lado, porque la apreciación de los colores es *dependiente* de la iluminación (en este sentido, no hay colores objetivos, sino solo colores según diferentes iluminaciones, algunos de las cuales se ven favorecidos sobre otros) y, por otro lado, porque la iluminación *no determina o dicta* en su conjunto la apariencia de los colores, ya que esta también depende de las características del objeto actual en sí mismo. Es decir, una iluminación idiosincrática o coloración es una *necesaria pero no suficiente condición* para la apariencia de los objetos de significación personal (p.ej. afectivamente “coloreada” o “catectizada”).

⁵ El juego con las palabras en alemán se refiere a los conceptos freudianos; Winnicott, por supuesto, escribía en inglés.

Sin embargo, incluso cuando conseguimos mirar más allá de nuestra idiosincrasia subjetiva, por decirlo así, y consideramos el entorno de un modo más objetivo, el dominio al que miramos de este modo no es un lugar donde podamos *asentarnos*. Para contemplar fugazmente el entrono tal y como existe por sí mismo, sin coloración subjetiva, se requiere una abstracción por la cual el entorno es temporalmente despojado de su coloración subjetiva, y de ahí de todo lo que lo hace *significativo para nosotros*. Considerar permanentemente nuestras experiencias como “meramente subjetivas” y contingentes equivaldría a devaluar nuestras experiencias idiosincráticas, y de ahí a devaluar lo que hace a nuestro entorno significativo para nosotros en primer lugar. Esto es por lo que el “apoyo” en nuestra realidad psíquica es estructural y cualitativamente diferente del “apoyo” que tenemos en el entorno objetivo o “entorno para cualquiera” —que realmente es un modo más inclusivo de decir “entorno para nadie en particular”. La capacidad de recordarnos la naturaleza subjetiva y relativa de nuestra experiencia idiosincrática del mundo es más *como el cielo estrellado que podemos utilizar como orientación para la navegación mientras navegamos a vela o a la deriva en un mar volátil*. Dicho de otro modo, una percepción objetiva del entorno es una *idea reguladora*, algo a lo que nos podemos referir, algo que podemos *usar*, pero no donde *vivimos*.

Estos comentarios preliminares nos permiten especificar la cuestión a abordar en este artículo. A saber, desarrollaré las ideas de Winnicott sobre un contacto individual con el “entorno externo” considerando este último en términos del “marco conceptual de trabajo dado”. Argumentaré que el ya disponible marco conceptual puede ser tomado como *el de uno* solo en la medida en que uno consigue establecer una aproximación personal significativa al mismo. Como mostraré, la carta de Winnicott a Klein de 1952 es una fuente especialmente interesante con respecto a esto, dado que aquí Winnicott explícitamente vincula su teoría general de la conformidad con la cuestión de la posibilidad de diálogo dentro de la comunidad psicoanalítica.

Llegando a los demás

En noviembre de 1952 Winnicott presentó un trabajo en la Sociedad Británica de Psicoanálisis [*British Psychoanalytical Society*]. Su corto pero denso trabajo fue titulado “Ansiedad relacionada con la inseguridad”, y subrayaba, en un modo winnicottiano, el papel en el desarrollo del entorno facilitador (ver Winnicott 1958, 97-100). Klein estaba en la audiencia, así como también muchos de sus colegas más cercanos. Hacia 1952, el pensamiento kleiniano había establecido una posición de fuerza en la sociedad: Klein había publicado ya muchos de sus trabajos más influyentes y sus ideas eran discutidas frecuentemente en las reuniones, tenía muchos seguidores devotos, y sus conceptualizaciones y teorizaciones se estaban convirtiendo crecientemente en *el* lenguaje que los ponentes en la sociedad se esperaba que utilizasen al trasladar su pensamiento a la audiencia. Joan Rivière había afirmado recientemente que la teoría psicoanalítica de Klein “toma en cuenta todas las manifestaciones psíquicas, normales y anormales, desde el nacimiento hasta la muerte, y no deja abismos infranqueables ni fenómenos destacados sin una relación inteligible con el resto” (Rivière 1952, 11). Esta era la atmósfera en la cuál entró Winnicott cuando presentó su trabajo.

Durante la discusión, Winnicott se vio a sí mismo ante la demanda de que, con la intención de hacer sus afirmaciones receptibles para la audiencia, debería *restablecer* sus pensamientos idiosincráticos y conceptualizaciones en el idioma kleiniano. Reticente a cumplir, Winnicott subrayó la importancia de expresar los pensamientos de uno a su propia manera. El 17 de noviembre, escribió una carta en la cual expresaba y explicaba sus preocupaciones a Klein:

Puedo ver qué molesto es cuando algo se desarrolla en mí fuera de mi propio desarrollo y fuera de mi experiencia analítica y cómo quiero ponerlo en mi propio lenguaje. Es molesto porque supongo que todo el mundo quiere hacer lo mismo, y en una sociedad científica uno de nuestros objetivos es encontrar un lenguaje común. Este lenguaje debe, sin embargo, ser mantenido con

vida ya que no hay nada pero que un lenguaje muerto... Lo que estaba queriendo... era que debería haber algún movimiento de su dirección hacia el gesto que yo hago en este trabajo. Es un gesto creativo y no puedo establecer ninguna relación a través de este gesto excepto si alguien viene a encontrarlo... Siento que en correspondencia de mi deseo de decir cosas a mi modo hay algo de su final, a saber, una necesidad de restablecer todo lo que es nuevo en sus propios términos de usted (carta a Klein⁶).

El marco es análogo al que interesa a Winnicott en la investigación durante toda su vida e, irónicamente, también el que estaba discutiendo durante su presentación. Winnicott hizo una declaración a su propia manera, esperando que el entorno académico le seguiría el juego, por decirlo así, pero por el contrario se le aconsejó que frenara, que se moderara y que modificara sus impulsos creativos para cumplir con lo que ya estaba.

Hay muchas razones por las que Winnicott era reticente a seguir las peticiones de Klein de adoptar el lenguaje de ella. Por supuesto, ello estaba parcialmente motivado por ciertos desacuerdos sustanciales entre los dos. Mientras que una comparación en profundidad entre los dos pensadores excedería los confines del presente artículo, merece la pena anotar que uno de los desacuerdos fundamentales entre los dos pensadores concierne al papel de la madre real en el establecimiento de objetos internos buenos y malos. Klein subraya los orígenes endógenos de estos objetos, mientras Winnicott insiste que la formación y organización de los objetos internos inicialmente depende del entorno facilitador real. Más adelante, Winnicott argumentaba en favor de su perspectiva del siguiente modo:

Es verdad que la gente pasa la vida sosteniendo el poste de luz en el que se apoya, pero de algún modo en el principio tiene que haber un poste de luz por sí mismo, de otro modo no hay introyección de la dependencia... Si, sin embargo, la dependencia de las figuras internas no deriva de la experiencia real en la vida infantil temprana, entonces, uno puede también decir que no importa si el analista es digno de dependencia o está falto de la misma, y siento que no podemos sostener este punto de vista. (Winnicott [1966] 1987b, 158; cf. Winnicott 1971, 13; [1952] 1987b, 38)

El desacuerdo era bastante fundamental, y Winnicott sentía que su posición *no podía* hacerse inteligible dentro de los confines de la doctrina kleiniana.

Más allá de los desacuerdos sustanciales, sin embargo, la insistencia de Winnicott en expresar sus pensamientos a su manera era debida a razones más fundamentales. Estas incluían su preocupación general acerca de la expectativa de conformidad del pensamiento ante el marco de referencia dominante y la consiguiente preocupación concerniente a la atrofia de la tradición psicoanalítica —designada por Winnicott bajo el término de “lenguaje muerto”.

La preocupación de Winnicott respecto a la conformidad no estaban dirigidas particularmente a Klein. Su insistencia en una aproximación personal al lenguaje psicoanalítico disponible era repetido a lo largo de sus escritos, y uno frecuentemente encuentra a Winnicott haciendo un comentario explícito acerca de que estará utilizando su “propio lenguaje” (p.ej. Winnicott 1965, 9, 1971, 129, 1989, 262, 284, 488). El principio de “El desarrollo emocional primitivo” (1945) es particularmente revelador:

He escogido un amplio tema. Todo lo que puedo intentar es hacer una declaración preliminar personal... No presentaré primero una revisión histórica y mostraré el desarrollo de mis ideas desde las teorías de los otros, porque mi mente no trabaja de esa manera. Lo que ocurre es que yo recojo esto y aquello, aquí y allí, me asiento en la experiencia clínica, formo mis propias teorías

⁶ Con el propósito de claridad, cuando me refiera a esta carta en particular, utilizaré la abreviación “carta a Klein”. En contraste, al referirme a otras cartas (Winnicott 1987b), proporcionaré una referencia estándar e insertaré la fecha [año] de la carta entre corchetes. Las referencias a otras publicaciones de Winnicott no incluirán corchetes.

y entonces, lo último de todo, me intereso en buscar dónde robé qué. Quizá este sea un método tan bueno como cualquier otro. (Winnicott 1958, 145)⁷.

Mientras la última frase choca como en cierto modo defensiva, también induce a la reflexión. En el mundo de las revistas académicas de revisión por pares, estamos bien entrenados en poner en claro qué han escrito nuestros predecesores y contemporáneos sobre nuestro ámbito respectivo de investigación, situando nuestros aportes teóricos en una tradición teórica preexistente, y por lo tanto, subrayando las novedades de nuestra contribución. Hay motivos evidentes para este requerimiento: nos previene de reinventar la rueda, por así decir, y promueve el progreso general de la ciencia. Sin embargo, si uno quiere evitar dar por sentadas las ya disponibles aportaciones, teorizaciones y conceptualizaciones de autores previos, y construir sobre interpretaciones estándar, uno tendría primero que reinterpretar cuidadosamente los logros ya conseguidos. La manera de Winnicott consistía en formar primero su perspectiva personal, y más tarde “ponerlo en línea con otros trabajos” (Winnicott [1953] 1987b, 53-54). En su jocosa respuesta a una sugerencia de lectura por un colega, le dice:

No es habitual... ¡pedirme que lea nada! Si me aburre me dormiré en la mitad de la primera página, y si me interesa, empezaré a reescribirlo para el final de esa página. (Citado por Kahn en 1958, xvi)

La necesidad de “reescribir personalmente” lo que sea llegado a él dese fuera era parte de la manera idiosincrática de comunicarse de Winnicott. Es más, insistía en que cada individuo debería permitirse. Consecuentemente, Winnicott no tenía un problema con las conceptualizaciones idiosincráticas de Klein en sí mismas. Por el contrario, como él escribe a Klein: “el trabajo es su propio trabajo y todo el mundo se complace de que usted tenga su propia manera de enunciarlo” (Carta a Klein). A pesar de sus sustanciales desacuerdos, Winnicott abiertamente aprecia en Klein su brillantez teórica, creativa y clínica: “No tengo ninguna dificultad en decir a cualquiera que me pregunte, desde lo más profundo de mi corazón, que usted es la mejor analista así como la más creativa en el movimiento analítico” (Carta a Klein; cf. Winnicott [1956] 1987b, 94). Comentando su “molesta” reticencia a adoptar el vocabulario ya disponible, Winnicott escribe:

Esta cuestión toca las mismas raíces de mis propias dificultades personales... [la cual] pueden ser siempre desestimada como la enfermedad de Winnicott, pero si usted la desestima de esta manera usted puede perderse algo que en el fondo es una contribución positiva. (Carta a Klein)

Como él lo explica, la tarea de encontrar una aproximación personal al marco conceptual dado refleja una “dificultad inherente en relación con el contacto humano con la realidad externa” (Carta a Klein).

Más que Klein, a Winnicott le preocupaba la gente que promovía con fiereza las aportaciones de Klein en la Sociedad. En una carta a Hanna Segal, una de las devotas seguidoras de Klein, escribe: “Hay un dicho que afirma que el buen paño en el arca se vende⁸. De un modo similar, lo bueno en las contribuciones de Klein no necesita ser promovido en las reuniones

⁷ En una carta a David Rapaport, Winnicott expresa esto del siguiente modo:

Soy una de esas personas que se siente compelida a trabajar a su manera y a expresarme en mi propio lenguaje primero; por una lucha a veces llego a renombrar lo que estoy diciendo para acercarlo en línea con otro trabajo, en cuyo caso usualmente me perco de que mis propias ideas “originales” no eran tan originales como yo había pensado cuando estaban emergiendo. Supongo que otra gente es así también. (Winnicott [1953] 1987b, 53-54).

⁸Nota del traductor: Winnicott utiliza el dicho en inglés “good wine needs no bush”, que literalmente se traduciría como que el buen vino no necesita arbustos, pero se refiere figuradamente a que no necesita que se le haga propaganda. La frase es tomada de Shakespeare, que la utiliza para referirse a que un buen texto no necesita epílogo.

científicas. Puede expresarse y discutirse” (Winnicott [1952] 1987b, 26). A Klein, Winnicott le escribe:

Esta configuración [*set-up*] que podría denominarse kleiniana [*es*] el peligro real de la difusión de su trabajo... Es por supuesto necesario para usted tener un grupo en el que usted pueda sentirse como en casa. Todo trabajador original requiere de un círculo en el cual puede haber un lugar para la controversia y en el cual pueda sentirse a gusto. El peligro es, sin embargo, que el círculo desarrolle un sistema basado en la defensa de la posición ganada por el pensador original... Siento que que usted está tan bien rodeada por aquellos que le aprecian y que valoran su trabajo y que intentan ponerlo en práctica, que corre el riesgo de perder el contacto con otros que están haciendo un buen trabajo pero que resultan no estar bajo su influencia. (Carta a Klein)

Dadas las preocupaciones de Winnicott, uno podría esperar que hubiera acogido de buen grado la situación en la cual la hegemonía kleiniana era desafiada por el movimiento psicoanalítico liderado por Anna Freud. Sin embargo, a Winnicott le perturbaba igualmente, y más adelante, elevó un alegato similar a Anna Freud (ver Winnicott [1954] 1987b, 71.74). Claramente, Winnicott *no* estaba sugiriendo que, en lugar de la de Klein, la comunidad psicoanalítica debería adoptar en su lugar la terminología de alguien diferente. Tampoco estaba promoviendo su propia terminología. Lo que en cambio le perturbaba era que *un particular* marco conceptual y forma de expresión se hubiera estabilizado crecientemente como el *lenguaje por defectos* en la Sociedad. Era menos relevante que este lenguaje resultase ser el de Klein: “Supongo que este es un fenómeno el cual... puede esperarse que se repita cada vez que haya un realmente gran pensador original; emerge entonces como un ‘ismo’ que deviene una molestia” (Carta a Klein).

Winnicott está planteando consecuentemente una advertencia general a lo que él considera es una amenaza real para la tradición psicoanalítica —tanto en la teoría como en la práctica. Insiste en que debería permitirse a los individuos expresarse a su propia manera, sin ser llevados a tener que reformular sus expresiones en el esquema conceptual de la audiencia académica o del analista. Winnicott está de hecho preocupado por el auge del “kleinismo” y lo considera “tanto una barrera para el crecimiento del pensamiento científico en la Sociedad como lo fue el darwinismo en el crecimiento en biología tan ampliamente estimulado por el trabajo del mismo Darwin” (Carta a Klein). Sin embargo, cualquier otro “ismo” es igualmente preocupante para él. Lo que Winnicott teme es que una vez la tradición psicoanalítica declare un marco conceptual y teórico concreto como un todo en uno y de ahí “un sistema cerrado” (citado por Roazen 2001, 179-189), como el que había planteado Rivière, la tradición se transforme en una dimensión de repetición e imitación, en lugar de una apertura a un dominio de diálogo y reinvención. En su opinión, la única manera de prevenir a la tradición psicoanalítica de marchitarse y atrofiarse y morir es estarse replanteando y articulando las aportaciones básicas constantemente:

Su trabajo tendría que reproducirse por gente descubriéndolo a su propia manera y presentando lo que descubran en su propio lenguaje. Esta es la única manera de que el lenguaje se mantenga vivo. Si usted establece la estipulación de que en el futuro solamente su lenguaje sea utilizada para la formulación de los descubrimientos de otras personas, entonces el lenguaje deviene un lenguaje muerto, como ya ha sucedido en la Sociedad. (Carta a Klein).

La carta con palabras contundentes de Winnicott no indujo a una respuesta de Klein⁹.

El lenguaje muerto y la resurrección de la madre

Ajustar en complacencia los pensamientos idiosincráticos de uno a un marco conceptual supuestamente todo en uno conlleva tres consecuencias problemáticas: (A) *prefigura* el ámbito

⁹ Comunicación personal de Jane Milton, Archivos de Klein, mayo de 2020.

de pensamiento del individuo, (B) induce un *falso sentimiento de claridad*, y (C) le *distancia* al individuo de un espacio compartido para el pensamiento.

(A) Aceptar un ya establecido [*ready-made*] marco de pensamiento supone prefigurar el ámbito de posibles pensamientos y estrechar el rango aceptable de ideas organizadas idiosincráticas a aquellas que cumplen con el marco dado. Winnicott compara el proceso de adaptar los pensamientos emergentes propios a un rígido sistema de pensamiento preestablecido como el pretender “sacar el narciso de un bulbo en lugar de permitir al bulbo desarrollarse en un narciso por una nutrición lo suficientemente buena” (Carta a Klein). Si se espera que los bulbos (los pensamientos emergentes) se desarrollen de una cierta manera y reciban en última instancia un particular modo de expresión y articulación asentado por un prefigurado marco de pensamiento, entonces, los pensamientos que se desarrollen de un modo insólito y diverso de lo esperable por defecto, tenderán a ser contemplados ya sea como algo *inmaduro*, ya sea como *anomalías*. Esta actitud restringe el ámbito de un posible criticismo, estrecha el rango de posibles manifestaciones y desalienta los intentos de “pensar fuera de la caja”. Lo que podría ser un abierto de mente y fructífero intercambio de puntos de vista heterogéneos por lo tanto lamentablemente se transforma en un empeño por *completar un sistema*. Cuestionando la impresión de la doctrina kleiniana como un “rompecabezas del que todas las piezas ya existen”, Winnicott reivindica:

Más conocimiento como el que usted ha sido capaz de traer a través de su trabajo no nos lleva a un estrechamiento del campo de investigación; como usted sabe, cualquier avance científico consigue la llegada a una nueva plataforma desde la cual un más amplio rango de lo desconocido puede ser percibido. (Carta a Klein)

Considerar un particular marco de pensamiento como un todo en uno supone *obstaculizar la posibilidad de descubrir nada nuevo o inesperado*. Atendiendo a la historia del psicoanálisis, Winnicott tiene un punto fuerte: podemos solo preguntarnos qué habría sucedido con el pensamiento psicoanalítico si no hubiera habido “disidentes” psicoanalíticos que rechazaran considerar obedientemente el marco conceptual y teórico como un sistema de todo en uno, meramente a ser complementado pieza por pieza.

(B) Segundo, moverse dentro de un marco de pensamiento que se considera como ya fijado y “preparado” se acompaña de un falso sentimiento de claridad. Winnicott refiere esto explícitamente en una carta a Anna Freud, mientras subraya de nuevo su “molesto” rasgo personal:

Tengo una manera irritante de decir las cosas en mi propio lenguaje en lugar de aprender cómo utilizar los términos de la metapsicología psicoanalítica... Soy profundamente desconfiado con estos términos... porque pueden ofrecer la apariencia de un entendimiento común cuando un entendimiento así no existe. (Winnicott [1954] 1987b, 58)

El problema es que podemos (y a menudo lo hacemos) usar palabras *mecánicamente*: habiéndonos acostumbrado a términos técnicos particulares, tendemos a confiar en nuestro habitual entendimiento de ellos y de ahí no ponderamos cuidadosamente su significado cada vez que los pronunciamos. Mientras esta capacidad soporta (e incluso permite) la suave interacción cotidiana, plantea un problema para la ciencia cuando la precisión conceptual y la claridad son virtud. El uso frecuente de conceptos bien establecidos promueve la falsa impresión de que uno es bien consciente de su significado y de sus implicaciones conceptuales —y a menudo resulta que el significado detallado había permanecido poco claro o ambiguo, o que las implicaciones teóricas y metafísicas subyacentes a la elección de las palabras no habían sido tomadas en consideración (ver Winnicott 1989, 233; cf. Winnicott [1954] 1987b, 72). La constante reconsideración es particularmente crucial con respecto a los conceptos teóricos centrales y a las hipótesis implícitas que sostienen la fundación de su respectiva teoría. Adelantándonos un poco a las cosas, la “ilusión de contacto”, que será examinada más adelante, *no* se refiere a esta falsa sensación de claridad compartida. Por supuesto, moverse dentro de un marco conceptual fijado, supuestamente compartido por “todo el mundo”, promueve la impresión de un empeño *conjunto*

de pensamiento. Aunque a lo que realmente conduce es a una ciega y acrítica repetición de aportaciones pasadas, no conllevando una interconexión más cercana entre individuos que las de barcos navegando bajo las mismas estrellas.

(C) Tercero, además de estrechar las intenciones expresivas del ponente y de promocionar una falsa impresión de claridad, la conformidad con un marco preestablecido de pensamiento también *distancia* a los individuos involucrados en el común empeño de pensar. Esto es en cierto modo paradójico, ya que una complacencia es precisamente lo que se supone que da acceso al dominio público de nuestro lenguaje compartido. Sin embargo, mientras de cualquier manera garantiza este acceso y promueve el sentimiento de comunidad, esto se hace a expensas de la aproximación personal. Ajustando los pensamientos idiosincráticos propios a un marco preestablecido, el individuo se encuentra en un terreno perteneciente a *alguien diferente* o a *ninguno*, por decirlo así. Y, con la finalidad de contribuir, al individuo se le pide que prescinda de su idiosincrasia, y de ahí gradualmente se convierte en *cualquiera* y de ahí en *nadie en particular*. De este modo, la complacencia garantiza el acceso al dominio “común” con el precio de la aproximación personal: aliena al individuo en el entorno compartido a través de absorberlo en el mismo. En ausencia de un posicionamiento personal, idiosincrático, el “idioma compartido” está restringido a sentirse como superficial, mudo y “no catectizado”: en lugar de bulbos de pensamiento que se sientan “reales” y plenos de potencialidad, uno es llevado a considerar sus propios pensamientos como narcisos inconclusos. Así uno puede tener un falso sentimiento *como si* uno estuviera haciendo una contribución a una discusión científica en marcha, pero permanece una sensación de irrealidad o “falsedad” de su contribución (ver Winnicott 1965, 140-152, 180, 184). Siempre que el elemento personal e idiosincrático falte, el “lenguaje común” no se siente como *el de uno*; al margen de la capacidad de uno de moverse exitosamente en él, este lenguaje se siente como *muerto*.

Estas tres cuestiones —la prefiguración del ámbito de posible pensamiento, la falsa sensación de claridad y el extrañamiento individual— nos traen de vuelta a la cuestión del “lenguaje muerto”, una noción mencionada en la carta de Winnicott a Klein: “en una sociedad científica uno de los objetivos es encontrar un lenguaje común. Este lenguaje debe, sin embargo, ser mantenido con vida ya que no hay nada peor que un lenguaje muerto”. En otro lugar Winnicott clarifica: “El estar muerto significa aquí simplemente falta de viveza y de todos los elementos que caracterizan la condición de estar vivo” (Winnicott [1958] 1987b, 123; ver Winnicott 1965, 191-2). En esta teoría del desarrollo, Winnicott vincula “estar muerto” con la ausencia psicológica de la persona cuidadora y habla de “la muerte de la madre cuando está presente” (Winnicott 1971, 29; cf. Winnicott 1965, 20). Como una persona cuidadora —el *entorno* inicial del niño— que está psicológicamente ausente o preocupada por algo diferente es sentida como “muerta” o “inútil” (Winnicott 1964, 27), del mismo modo quien contribuye individualmente a una discusión está esperando un reconocimiento de sus declaraciones personales y, en ausencia de las mismas, encuentra un entorno “muerto”. Consecuentemente, por un “lenguaje muerto” Winnicott se está refiriendo a un entorno conceptual que es impuesto al individuo desde el exterior, que no responde a la aproximación personal del individuo sobre la cuestión, y al cual el individuo está forzado a ajustar su expresión con el objetivo de ser entendido y de estar en comunicación con el mismo.

Esta caracterización nos recuerda la relación del infante con una madre deprimida, absorbida en sí misma y en este sentido “muerta”. La famosa caracterización de André Green de la “madre muerta” es interesante aquí: “El objeto está ‘muerto’ (en el sentido de no vivo, incluso aunque no se trate de una muerte real): de ahí se conduce al yo hacia un universo mortífero y desértico” (Green 2001, 195). Mientras el contexto de la conceptualización de Green es más bien diferente, las similitudes son demasiado pronunciadas como para ser ignoradas. El objeto —a saber, el entorno conceptual dado— no es sentido como “vivo”. Sin embargo, no está tampoco “realmente muerto” —después de todo, uno puede oír hablar a la gente, uno puede leer textos y entenderlos, y en este sentido el entorno conceptual está *ahí*. Pero no está ahí *para mí, para mis pensamientos idiosincráticos y bulbos* en particular. Como un espejo que devuelve al *self* solo en la medida en que se comporta del modo pretendido, un entorno conceptual fijado facilita la

expresión propia del *self* de un modo más bien selectivo. Restringiendo sus introspecciones a lo que es tolerado por el entrono, el individuo es conducido a un dominio en el que los impulsos idiosincráticos de uno han sido dejados atrás o se les ha hecho “desertar”. En este sentido, estar conforme con un lenguaje muerto es asimismo “mortífero” para uno. A saber, al estar frente a un espejo así, uno solamente ve la fachada pública o la sombra tolerada de uno, mientras el núcleo vital de uno permanece como irrelevante (cf. Winnicott 1965, 184). Con respecto a un entorno conceptual fijado y que no responde, el individuo es proclive a asumir una actitud sumisa; para evitar perder la cara de uno, con complainza uno se pone una máscara y “cumple con el papel de un objeto muerto” (Winnicott 1965, 191, 1987a, 103). Una defensa alternativa aquí sería “parecer vivo y comunicarse estando vivo”, y por tanto “contraactuando” ante la falta de respuesta del objeto (Winnicott 1965, 192) —camino que siguió el mismo Winnicott.

La comparación entre un marco conceptual dado y el entorno facilitador temprano merece la pena por desarrollar otro aspecto también. Como Winnicott se lo expone a Segal en una carta, a sus ojos Klein estaba siendo cada vez más declarada como el “pecho bueno” por la comunidad psicoanalítica (Winnicott [1952] 1987b, 26). Receloso de cualquier tipo de “culto al ídolo”, que él consideraba como letal para una tradición de pensamiento (Winnicott [1954] 1987b, 72), Winnicott argumentó que el pecho “bueno” —o entorno “bueno”— es una *idealización* y no existe en la realidad (p.ej. Winnicott [1952] 1987b, 38, 1989, 461). Por este motivo, como es bien sabido, él en cambio favorece el término “suficientemente bueno”: “Es importante para mí que mis escritos siempre digan suficientemente bueno más que bueno. Creo que las palabras suficientemente bueno ayudan al lector a alejarse del sentimentalismo y de la idealización” (Winnicott [1969] 1987b, 195; ver también Winnicott 1981, 461). Del mismo modo, cuando se trata de un encuentro con el entorno *conceptual*, podemos afirmar que el marco conceptual particular en el cuál uno opera puede ser, en el mejor de los casos, *un vehículo lo suficientemente bueno para facilitar la expresión personal* —no puede ser realmente perfecto, un sistema ideal o “todo bueno” que “cubre todo” lo que uno pudiera querer expresar (cf. Winnicott [1965] 1987b, 97).

La sensibilidad de Winnicott hacia la idealización de Klein estaba indudablemente influenciada por sus complejos antecedentes. Como su mentora y supervisora de larga data, Klein era para Winnicott una suerte de figura materna, cuya aceptación, aprecio y reacción él seguía buscando (ver, p.ej. Winnicott [1956] 1987b, 96). Es más, sabiendo que la propia madre de Winnicott sufrió de depresión (Rodman 2003), es posible que, en su recurrente intento de *animar* el entorno conceptual dado (familiar pero muerto) y en su frecuente énfasis en la *imperfecta* naturaleza del entorno facilitador, Winnicott estaba inconscientemente peleando para simultáneamente *reanimar* y perdonar a su propia “madre muerta”.

Para resumir, en su manera idiosincrática de expresarse, Winnicott persigue establecer su “lenguaje académico materno” como un vehículo personalmente significativo o catectizado de expresar sus introspecciones idiosincráticas. Ahora, ¿cómo se refleja este empeño en la estructura de la comprensión interpersonal? Winnicott está esperando que Klein “salga al encuentro [*meet*]” de su gesto y subraya que este “encuentro” es crucial para establecer una “relación” o “contacto” con el pensamiento de ella. Ahora, ¿qué es exactamente lo que Winnicott sugirió de este modo a Klein? ¿A qué habría conducido un “encuentro” exitoso? En lo que sigue, argumentaré que el alegato que Winnicott dirigió a Klein era una invitación a “seguir jugando [*play along*]”. Como lo mostraré, esto habría establecido lo que Winnicott denomina una “ilusión de contacto”.

Seguir jugando —estableciendo una “ilusión de contacto”

Cuando se trata de la comprensión de lo interpersonal, la teoría psicoanalítica de Winnicott alberga una consecuencia lógica digna de mención. Tal y como se ha dicho, de acuerdo con él, cada uno de nosotros vive en su propia versión idiosincrática del entorno y, por así decir, se refiere al entrono objetivo desde esta base. Siempre hay una coloración idiosincrática del entorno —y *esta coloración es diferente en el caso de cada individuo*.

Esta heterogeneidad complica la estructura de la comprensión interpersonal. Las expresiones de un individuo albergan una riqueza infinitamente compleja de connotaciones idiosincráticas, imágenes, asociaciones, catexis, constructos metafóricos y demás, que son “personales e individuales incluso aunque las palabras y las frases utilizadas no tengan el cuño del hablante” (ver Sharpe 1950 159). Es decir, cada uno de nosotros *hace uso* del marco conceptual disponible de un modo único. Por otro lado, tales diferencias tienden a ser ignoradas. Por ejemplo, mientras nos involucramos en un intenso debate con un amigo o colega, estamos cada cierto tiempo elevados por el sentimiento de estar captando el punto del otro (“¡Definitivamente comparto tu preocupación aquí!”; “¡Esoty completamente de acuerdo contigo en eso!”). Lo que tomamos como estar captando es algo más que el *significado general* de las palabras del otro: sentimos que tenemos una introspección no solamente sobre *qué* es lo que piensa el otro, sino sobre *cómo* lo piensa. Lo mismo sirve, viceversa, para la manera en que encontramos *nuestros* pensamientos expresados e introspecciones siendo entendidos por el otro: cuando sentimos que nuestro compañero *ve lo que queremos decir*, sentimos que el otro capta *nuestro punto tal y como se nos despliega a nosotros en nuestra vida subjetiva*. En tales casos, un pensamiento expresado que el individuo 1 toma para ser “compartido” por un individuo 2 es un *contenido idiosincrático experiencial* —y de ahí, paradójicamente, algo que no es realmente compartible como tal.

En términos de un encuentro recíproco, la lógicamente incómoda conclusión a ser sacada aquí es la siguiente: el contenido experiencial que el individuo 1 considera para ser compartido con el individuo 2 no es *idéntico* al contenido experiencial que el individuo 2 considera estar compartiendo con el individuo 1. Está peculiar *asimetría* nos lleva de vuelta a la cita con la que se abre el artículo:

El individuo solo se comunica con un mundo auto creado y la gente del entorno solo se comunica con el individuo en la medida en que puedan crearle a él o a ella. Sin embargo, en la salud existe la ilusión de contacto y es esto lo que provee los puntos culminantes de la vida humana. (Winnicott [1952]1987b,43)

Tal y como mostraré, la “ilusión de contacto” se refiere a la experiencia de un *encuentro* entre la captación [*grasp*] idiosincrática de uno y la del otro, una experiencia que *supera o sobrepasa* la asimetría factual de la experiencia interpersonal. Clarificar esta afirmación permite revisar el alegato de Winnicott a Klein.

En el psicoanálisis académico, la estructura asimétrica de los encuentros intepersonales ha sido principalmente examinada en referencia a los casos en los que esta estructura está *pronunciada* —el ejemplo habitual se refiere a la relación infante/persona cuidadora y analista/analizando. En cuanto a la primera, Winnicott subraya que las capacidades del infante y de la persona a cuidadora de entenderse el uno al otro son llamativamente diferentes, y de ahí entran en el “espacio de mutualidad” desde muy diferentes puntos de partida:

La madre por supuesto fue ella misma un bebé. Está todo en ella en algún lugar... ella ha jugado a ser un bebé, así como a papás y mamás; ella ha regresado a maneras de bebé durante enfermedades; quizá haya mirado a su madre cuidando a hermanos más pequeños. Ha podido recibir instrucciones para cuidar bebés, y quizá haya leído libros, y ha podido formar sus propias ideas sobre lo bueno y malo en el cuidado de bebés. Está por supuesto profundamente afectada por un modo personalizado, en conformidad o en reacción, o incluso rompiendo como independiente o pionera. Es todo una primera experiencia. Y no hay referencias. El tiempo no se mide tanto por relojes o por el amanecer o el atardecer como por los ritmos del corazón y la respiración maternos, por la subida y bajada de las tensiones instintivas, y otros esencialmente no mecánicos dispositivos. *Describiendo la comunación entre bebé y madre, entonces, se da esta esencial dicotomía* —la madre puede retrotraerse a modos infantiles de experiencia, pero el bebé no puede irrumpir [*blow up*] a la sofisticación adulta. (Winnicott 1987a, 94-95, resaltados añadidos).

En este caso la asimetría es más bien obvia. De modo importante, esto no es solo que dos individuos se relacionen con un espacio compartido *de manera diferente*, pero cada uno tiene su propia captación idiosincráticamente perfilada de *lo que es compartido* con el otro en primer lugar. Sin embargo, en la medida en que la madre se identifica y sintoniza con su infante en su estado de “preocupación materna primaria” (Winnicott 1958, 302; cf. Stern 1985, 138-140), ella sigue la corriente de lo que *ella encuentra* que su bebé está sintiendo, queriendo y necesitando, y en este estado de aborción, ella *temporalmente pasa por alto* la asimetría factual. Comentarios similares se han dado en lo referente a la situación analítica. Rita Tähkä comenta que, mientras la “desigualdad” en la relación analítica “es verdadera desde la base de la realidad presente y un prerequisite necesario para el proceso analítico”, durante momentos de compartir “esta ‘desigualdad’ pierde significación y no existe en el momento” (Tähkä 2000, 84). A la inversa, cuando la desigualdad factual de la situación analítica se subraya o es abordada, la ilusión de un espacio compartido se destroza [*shattered*].

Lo que no ha sido suficientemente enfatizado es que la asimetría en cuestión es una *característica estructural general de la comprensión interpersonal*. En casos de la relación infante/persona cuidadora y analizando/analista, la característica es *explicitada*, pero la asimetría estructural caracteriza *todas* las relaciones interpersonales. Winnicott no explicita este punto, pero implícitamente se deduce de su teoría. Independientemente de cuánto de similares, iguales, o “equilibradas” sean dos personas, sus experiencias de *lo que es compartido* difieren. Y de ser así, momentos intensos de compartir han de referirse a experiencias en las que la simetría no se hace sentir. Aquí llegamos a “la ilusión de contacto”. Este concepto se refiere al sentimiento ocasional de que la captación idiosincrática de uno sobre una cuestión en discusión *se encuentra* con la de otro —un sentimiento que se mantiene mientras *supera* la conciencia de asimetría.

La cuestión de “superar” puede ser ilustrada en referencia a la teoría de Winnicott sobre *el juego*. Mientras está inmerso en el juego, el niño no está interesado en si su mundo creado idiosincráticamente *se encuentra* con el mundo tal y como es percibido por los otros. Esto, bastante literalmente, está *fuera de cuestión*: “El punto importante es que ninguna decisión sobre este punto es esperada. La cuestión no debe ser formulada” (Winnicott 1971, 17; cf. 119). Ya sea por una *aprobación silenciosa* o por *seguir jugando*, el adulto permite al niño mantener su idiosincrática relación con el entorno dado, sin subrayar su obvia *falta de encuentro* con el mundo tal y como es percibido por el niño. Es más, en el caso de dos niños jugando juntos, esta ignorancia activa concerniente a las faltas de encuentro se vuelve una cuestión *recíproca*. El espacio de juego necesariamente aparece de modo diferente para ambos, y sin embargo, cuando están inmersos en el juego, la asimetría no se muestra. Por supuesto, la armonía es a menudo temporalmente interrumpida: encontramos a niños “negociando” en el medio de un juego, como en pausa y asumiendo una metaposición con respecto al juego —p.ej. “¿Podría este ser aquí el padre?”, “¿Podría este ser un amigo de este otro?”, “¿Podría este tener aquí una fiesta de cumpleaños?” Una vez alcanzado un acuerdo respecto a estos *parámetros generales*, los niños se pueden perder de nuevo en el mundo del juego, cada uno creando el “padre”, el “amigo” y la “fiesta de cumpleaños” *en su propia manera idiosincrática*. En este estado de absorción, ni ellos *creen* que el otro realmente percibe lo que ellos hacen ni *subrayan* las diferencias de sus aproximaciones personales —todo el asunto está fuera de cuestión. Una vez la asimetría se hace sentir, la “ilusión de contacto” está comprometida, y la necesidad de “negociar” emerge una vez más.

Mientras la negociación está motivada por la sensación de asimetría, también se dirige a *deshacer* esta última. En la medida en que la asimetría no se hace notar, hay un sentido de encuentro no puesto en jaque; una vez que la asimetría aparece, el espacio compartido se pone en compromiso, y ahí emerge una tendencia a retener este último —aunque no en la forma anterior en la que se manifestó la asimetría. La prominencia de la asimetría marca “la destrucción” del espacio compartido (ver Winnicott 1989, 222ff.), y la negociación sobre los *parámetros generales* pretende habilitar ambos individuos a “re-crear” ese espacio compartido en su *propia manera idiosincrática*. Esto es, no hay solo una necesidad de retener lo que ha sido destruido, sino también una necesidad de destruir *con la finalidad* de re-crear. La negociación

sirve al propósito vital de *integrar* la creación idiosincrática del otro *dentro de la aproximación idiosincrática de uno* al mundo del juego. Hablando objetivamente, la aproximación personal de uno es de hecho modificada por lo que en lo factual se origina en el otro niño, pero una vez integrado es sentido como la creación *propia de uno* —y hay una verdad en este sentimiento. Lo que cada niño —tras una negociación así— capta como “compartido” con el otro es su *propia* aproximación idiosincrática al mundo del juego. *El individuo integra re-creando*, y de ahí que el origen factual externo de lo integrado no plantea una amenaza narcisista —lo que es de hecho creado conjuntamente se siente *mío* (ver Winnicott 1971, 126-127).

De modo similar, la experiencia de la comprensión interpersonal *anula* la asimetría factual y se despliega como un *intercambio re-creativo*. Como al jugar juntos, los dos individuos que discuten mantienen sus propias aproximaciones idiosincráticas, cada uno re-crea los *insights* del otro a su propia manera, y por tanto disfrutan de la sensación de construir algo nuevo. La asimetría permanece ni *refutada* ni *garantizada*: una vez que las expresiones del otro han sido dotadas de una personal significación, son re-creadas e integradas en el pensamiento propio de uno. Sin embargo, el espacio compartido de pensamiento está edificado factualmente sobre *idiosincrasias asimétricas*, y, mientras el intercambio re-creativo puede funcionar suavemente por algún tiempo, “la negociación” es pronto necesaria. Como con el juego (ver Winnicott 1964, 146, 1971,70), los individuos en conversación están constantemente *en el límite* de que se les recuerde la asimetría entre sus experiencias idiosincráticas, que amenazan con destruir la ilusión de encuentro. Por lo tanto, aquí también encontramos una oscilación dinámica entre la ilusión de un encuentro y la negociación de lo que ha de crearse “conjuntamente”. Tan pronto como la asimetría se hace sentir, ello conlleva que la sensación de un espacio compartido es *destruido* y necesita ser *re-creado*. Las negociaciones sobre el *significado general* de los conceptos son necesarias, pero con el fin para los individuos de experimentar el marco conceptual como *propio*, habiendo que permitirle a cada cual re-crear los conceptos en su propia manera idiosincrática.

De este modo, lo que he denominado *intercambio re-creativo* permite “alimentar al sujeto con sustancia otra-que-yo” (Winnicott 1971, 127). Parte de la inmensa delicia de comunicarse, de pensar juntos y pensar dentro de una tradición, es que *lo que factualmente es un logro conjunto genuinamente es sentido como la creación de uno*. Y, de nuevo, hay una verdad en este sentimiento. Una vez la asimetría se hace sentir, las introspecciones personales y las conceptualizaciones idiosincráticas de otros —la “sustancia otra-que-yo”— son “destruidas” *como tal*, personalmente re-creadas y de ahí vienen a ser sentidas como *propias*. La anteriormente discutida “*falsa sensación de claridad*” es consecuentemente un barato sucedáneo de una ilusión de contacto: lo que le falta es precisamente este sentido de *significación personal*. El marco conceptual disponible puede de hecho ser miméticamente consumido sin ser destruido ni reconstruido personalmente. Adoptar con conformidad conceptos dados no es *utilizarlos*, sino, en el mejor de los casos, *imitar su uso*. Como ya lo he dicho, aunque esto puede conllevar un vago sentimiento de estar pensando junto “a todos”, el uso en conformidad de los términos está también acompañado de un sentimiento de extrañeza —el marco conceptual compartido no es sentido como *mío*.

Como dice Winnicott, el objeto de destrucción debe *sobrevivir* a la destrucción (Winnicott 1971, 120). Consecuentemente, el punto es no inventar un nuevo lenguaje sino *utilizar* el que ya está disponible. De hecho, como Winnicott dice, “en cualquier campo cultural no es posible ser original excepto en base a una tradición” (Winnicott 1971, 134). Del mismo modo que el mundo del juego no es creado *ex nihilo*, sino un modo de *utilizar creativamente* lo que es de hecho ofrecido desde el exterior, así también una aproximación personal al lenguaje se refiere a la manera en la cual uno puede *hacer uso* de los conceptos disponibles. De hecho, ocasionalmente, un nuevo término necesita ser acuñado con la finalidad de capturar un aspecto particular descuidado de un fenómeno particular, pero este no es el punto, y el propio caso de Winnicott lo ilustra: mientras que está constantemente resaltando la importancia de utilizar su “propio lenguaje”, está sin embargo constantemente funcionando en *inglés* y frecuentemente empleando varios conceptos psicoanalíticos tradicionales —incluyendo también algunos de Klein. En lugar

de crear un *lenguaje privado*, el punto está más bien en el *uso* creativo de lo que ya está disponible. Es solo a través de una oscilación dinámica entre destrucción y re-creación —un movimiento que ha sido aquí denominado un *intercambio re-creativo*— que un marco conceptual compartido puede llegar a sentirse como personalmente significativo. En otras palabras, la mera “negociación” no es suficiente. Sin destrucción no hay re-creación personal, y sin esta última no puede haber “ilusión de contacto” —y si esta falta, la comunicación simplemente no puede ser sentida como que merezca la pena.

¿Entonces, qué fue realmente el alegato que Winnicott presentó a Klein? En la medida en la que el pensamiento conceptual puede ser comparado con el juego, con posibilidades, categorizaciones y conceptualizaciones, Winnicott esperaba que Klein pudiera *dejarle jugar y seguir jugando*. Como debiera estar claro ahora, esto último no conlleva el deseo de que Klein *adoptase* las conceptualizaciones de Winnicott —más bien al contrario, implica la petición de que Klein destruyera constructivamente las introspecciones de Winnicott, para *re-crearlas* a su propia manera y por lo tanto para *utilizarlas*. En cierto modo, Winnicott estaba pidiendo a Klein que *intentase despojarse en juegos* de su pensamiento, y de un modo abierto mirase a dónde su propia versión idiosincrática le llevaría —antes de ponderar si este modo de pensar *se encuentra* con el de ella. Seguir jugando había significado “encontrarse” con el gesto expresivo de Winnicott; habría establecido “la ilusión de contacto” y el intercambio re-creativo. Sin embargo, desde la perspectiva de Winnicott, la falta de respuesta en Klein fue una manera de declinar su invitación a *seguir jugando*. Es más, al serle demandado que abrazase el marco conceptual de Klein, Winnicott tuvo que sentir que su manera idiosincrática de jugar no estaba *permitida*: se le estaba pidiendo que *jugase de manera diferente* para jugar con él. Enfatizando de modo perturbador la asimetría de sus aproximaciones personales, Winnicott y Klein estaban atrapados en el área de “negociación”.

Pedir al otro seguir jugando es mucho pedir. Después de todo, la otra cara de la petición de Winnicott era una petición implícita de que Klein tolerase su acto de “destruir” su manera de expresarse [de ella]. Por supuesto, dado el vínculo entre “lenguaje muerto” y “madre muerta” y dada la relación en general de Winnicott con Klein, uno podría también considerar las dimensiones psicodinámicas de esta petición. Sea como fuere, en cualquier caso supone un alto grado de tolerancia permitir que las introspecciones propias sean destruidas en su forma idiosincrática original para permitir que sean re-creadas por otros a su propia manera, y de ahí permitir que la propia persona sea utilizada. Curiosamente, encontrar las propias introspecciones siendo reformuladas por otro es al mismo tiempo una recompensa y algo perturbador: mientras el sentimiento de que el otro haya encontrado las introspecciones de uno *útiles* es placentero, el sentimiento de que las introspecciones de uno *tal y como emergieron inicialmente* hayan sido destruidas no lo es. Sin embargo, permitir el uso y permitir la destrucción son dos caras de la misma moneda —uno no puede permitir lo primero sin permitir lo segundo. Es más, el probar como jugando el pensamiento de otro a veces lleva a una laboriosa revisión del propio pensamiento. No es de extrañar, entonces, que jugar o hablar por uno mismo es *más fácil* que jugar o pensar junto a alguien —pero es también mucho menos placentero. La fugaz alegría narcisista de *estar en lo cierto, no desafiado o indestructible* es un frío confort frente a la maravilla de crear algo que inicialmente era *imprevisto* para ambos individuos (ver Winnicott 1971, 68). Permitirse a uno mismo jugar con lo posible, probar con la mente abierta maneras alternativas de pensar sugeridas por otros, es permanecer abierto a *lo nuevo e inesperado*, y a posiblemente sorprenderse uno mismo. Si Winnicott está en lo cierto, momentos así proveen los “puntos álgidos de la vida humana”. Es más, el intercambio re-creativo de prestar los propios pensamientos al otro para ser utilizados, usar los pensamientos de otros y pasarlos a otros para ser re-creados y usados —esta es la receta de Winnicott para una sana comunidad de pensamiento.

Conclusión

He subrayado aquí la potencialidad de la teoría de Winnicott de la complacencia con respecto a cuestiones sobre la comprensión interpersonal y el empeño conjunto de pensamiento. Al aproximarme al asunto a través de su carta a Klein, he intentado ilustrar los cruciales aunque a menudo no tenidos en cuenta elementos de la comprensión interpersonal que han de ser tomados en cuenta con el objetivo de mantener la tradición con vida.

En lo referente al análisis conceptual aportado en la primera sección, argumentaba que el entorno experimentado puede ser significativo para el individuo solamente en la medida en que el individuo pueda mantener el sentimiento de haberlo creado. Restringiendo mi aproximación al entorno como el entorno conceptual dado, explicaba lo que Winnicott quiere decir cuando proclama que “El individuo solo se comunica con un mundo autocreado y la gente del entorno solo se comunica con el individuo en la medida de que le pueden crear a él o ella”. Lo he tomado en términos de una *asimetría* que se supera por el sentimiento de un *encuentro* entre puntos de vista idiosincráticos. Cada participante en un diálogo tiene su propia aproximación idiosincrática de lo que toman para ser compartido con el otro, y lo mismo sucede a la inversa. Sin embargo, como espero haber dejado claro, mientras el sentimiento de encuentro es *ilusorio* dada la asimetría factual, es una ilusión válida e indispensable, y una condición necesaria y estructural para la comprensión interpersonal. Como Winnicott lo dice, la ilusión es una cuestión de “salud” y “aporta los puntos álgidos de la vida humana”. Como se ha resaltado, la ilusión es establecida y mantenida por un seguir jugando recíproco con la manera de pensar del otro. Si una tradición se restringe a la negociación del significado general de los conceptos, se reduce a una tradición muerta: algo que difícilmente facilita el crecimiento y el cultivo de descubrimientos inesperados. Para la vida de una tradición, por tanto, es crucial que los miembros individuales *faciliten* la posibilidad de jugar juntos, con la mente abierta teniendo en cuenta los pensamientos de los otros, mientras sin embargo se pelea para mantener una aproximación personal.

Uno se podría preguntar si una reformulación conceptual personal e idiosincrática es particularmente crucial para disciplinas como el psicoanálisis, y correspondientemente menos relevante para disciplinas que son más formales, exactas o estadísticamente inductivas. Esto podría ser cierto, y la diferencia entre diferentes disciplinas una cuestión de énfasis. Por supuesto, una cuestión que hace la demanda de una vívida articulación particularmente importante para el psicoanálisis es que se esfuerza por hacer justicia a las estructuras experienciales idiosincráticas de un individuo, independientemente de cuán frecuentes estadísticamente o generalizables resulten ser, mientras que al mismo tiempo se busca articular estructuras mentales que no son solo idiosincráticas aunque tampoco sean universales. Lo que podría suponer el requerimiento de una rearticulación personal particularmente relevante para el psicoanálisis es esta constante tarea de equilibrio entre generalización y contingencia idiosincrática, evitando ambos extremos como fuere —una cuestión que nos lleva de vuelta a la proclamación de Tuckett del psicoanálisis como una disciplina “de fundamentos inseguros” (Tuckett 1998). Sin entrar en esta cuestión más en detalle en el presente contexto, permítaseme decir que, desde la base de lo que se ha explicado aquí, parece plausible que el requerimiento en cuestión es *formalmente el mismo* en todos los casos en que un individuo entre en, o se orienta hacia, un espacio conceptual que está ya ahí. Y de hecho, en todos los campos, las revoluciones científicas son frecuentemente formuladas por un individuo que plantea un desafío al marco conceptual teórico prevalente, y por lo tanto sugiriendo una nueva manera de pensar acerca de los antiguos conceptos.

El análisis aportado aquí puede resultar de utilidad para consideraciones del encuadre clínico pero decidir sobre esto —como se ha dicho— se dejará para otros estudios. Las cuestiones discutidas aquí en referencia al asunto del diálogo dentro de la tradición psicoanalítica conllevan relevancia para la investigación de la comprensión interpersonal más generalmente. En particular, mi análisis winnicottiano puede abrir a nuevas introspecciones sobre las *expectativas* que la gente generalmente tiene frente a la comprensión interpersonal exitosa en el cara a cara. Estoy pensando en los casos en que uno siente no estar siendo *realmente* entendido por los otros. Este fallo es a menudo considerado y explicado en referencia a una *falta de encuentro* o *distancia* [gap] entre la forma de pensar de uno y la captación de los otros sobre el asunto, mientras que se presupone

tácitamente que la *adecuada* comprensión conlleva un encuentro de los contenidos idiosincráticos. Aproximarse a la búsqueda de encuentro en términos de una *ilusión* puede ser de ayuda aquí. Devenir consciente del hecho de que el otro solamente *parece* captar el modo en que yo siento o pienso acerca de las cosas, pero de hecho no lo hace, podría no ser un signo del otro no entendiéndome, sino un signo de una sensibilidad agrandada a la discutida asimetría —por una u otra razón. En cualquier caso, en la medida en que se dan el elemento ilusorio en la comunicación interpersonal, la escotomización de la asimetría, restos no pensados, podríamos fácilmente albergar expectativas irreales e incluso infantiles en lo concerniente a los requerimientos de una comprensión exitosa. Podría ser interesante considerar tales casos desde el punto de vista de que la comprensión interpersonal *nunca* conlleva un encuentro entre mis pensamientos y los pensamientos del otro. La ilusión de contacto que seguimos buscando, sin querer saber que es una ilusión, es crucial para la comprensión interpersonal en todos los casos, desde los encuentros sociales cotidianos y la práctica clínica hasta las discusiones académicas. Como tal, es al mismo tiempo uno de los ingredientes de una tradición saludable.

Agradecimientos

Quiero agradecer a Henrik Enckell que leyó cuidadosamente un esbozo anterior del artículo y que generosamente comentó los contenidos. También estoy agradecida a Jussi Saarinen y Tia-Mari Hovila por sus comentarios y a Jane Milton por su valiosa ayuda en los Archivos Klein. Es más, desearía agradecer a las instancias que hayan sostenido financiera y moralmente esta investigación: la Fundación Kone, la Academia de Finlandia y mi casa académica, La Universidad de Jyväskylä. Por último, pero no menos importante, estoy agradecida a mis revisores anónimos, cuyos comentarios mejoraron sustancialmente el artículo.

Referencias bibliográficas

- Freud, S. 1966. Pre-Psycho-Analytic Publications and Unpublished Drafts. SE 1.
- Fonagy, P., and M. Target. 1996. "Playing With Reality: I. Theory of Mind and The Normal Development of Psychic Reality." *International Journal of Psychoanalysis* 77: 217–233.
- Fonagy, P., and M. Target. 2000. "Playing With Reality: III. The Persistence of Dual Psychic Reality in Borderline Patients." *International Journal of Psychoanalysis* 81: 853–873.
- Fonagy, P., and M. Target. 2007. "Playing with Reality: IV. A Theory of External Reality Rooted in Intersubjectivity." *International Journal of Psychoanalysis* 88: 917–937.
- Green, A. 2001. *Life Narcissism – Death Narcissism*. Trans. Andrew Weller. London and New York: Free Association Press.
- Khan, M. 1958. "Introduction". In Winnicott 1958.
- Riviere, J. 1952. "General Introduction." In *Developments in Psychoanalysis*, edited by M. Klein, P. Heimann, S. Isaacs, and J. Riviere, 1–36. London: Hogarth Press.
- Roazen, P. 2001. *The Historiography of Psychoanalysis*. New Brunswick and London: Transaction Publishers.
- Rodman, R. 2003. *Winnicott. Life and Work*. Cambridge: Da Capo Press.
- Sharpe, E. 1950. "Psychoanalytic Problems Revealed in Language: An Examination of Metaphor." In *Collected Papers on Psycho-Analysis*, edited by M. Brierley, 155–169. London: Hogarth Press.
- Stern, D. 1985. *The Interpersonal World of the Infant. A View from Psychoanalysis and Developmental Psychology*. New York, NY: Basic Books.
- Tähkä, R. 2000. "Illusion and Reality in the Psychoanalytic Relationship." *Scandinavian Psychoanalytic Review* 23: 65–88.
- Target, M., and P. Fonagy. 1996. "Playing With Reality: II. The Development of Psychic Reality from A Theoretical Perspective." *International Journal of Psychoanalysis* 77: 459–479.
- Tuckett, D. 1998. "Evaluating Psychoanalytic Papers. Toward the Development of Common Editorial Standards." *International Journal of Psychoanalysis* 79: 431–448.

- Winnicott, D. 1958. *Through Paediatrics to Psychoanalysis. Collected Papers.* London: Karnac Books.
- Winnicott, D. 1964. *The Child, the Family, and the Outside World.* London: Penguin Books.
- Winnicott, D. 1965. *The Maturation Processes and the Facilitating Environment.* New York: International Universities Press.
- Winnicott, D. 1971. *Playing and Reality.* London and New York: Routledge.
- Winnicott, D. 1986. *Home is Where We Start From. Essays by a Psychoanalyst.* Edited by C. Winnicott, R. Shepherd, and M. Davis. London: Penguin Books.
- Winnicott, D. 1987a. *Babies and Their Mothers.* Reading, Massachusetts: Addison-Wesley Publishing Company.
- Winnicott, D. 1987b. *The Spontaneous Gesture. Selected Letters by D. W. Winnicott.* Edited by Robert Rodman. Cambridge and London: Harvard University Press.
- Winnicott, D. 1988. *Human Nature.* London: Free Association Books.
- Winnicott, D. 1989. *Psycho-Analytic Explorations.* Edited by C. Winnicott, R. Shepherd, and M. Davis. London: Karnac.